

# RIQUEZA Y EXPRESIONES DE LA VIDA FRATERNA EN LAS COMUNIDADES AGUSTINAS RECOLETAS SEGLARES

Teresa GARCÍA RUIZ

## Introducción

Podemos llamar comunidades agustinas recoletas seglares a las que se integran mediante un proceso evangelizador a través de nuestros ministerios, siempre y cuando los participantes reciban, asuman y vivan el espíritu agustino recoleto. Para ello, es necesario que los formadores de estas comunidades pongan énfasis, desde el principio, en la espiritualidad y filosofía agustiniana, así como en un alto contenido carismático por lo que se refiere a las aportaciones temáticas y ejercicios vivenciales.

Ahora bien, aunque sea deseable, de estos encuentros comunitarios no necesariamente surgen vocaciones laicales a la vida agustina recoleta, lo cual es un llamado muy elocuente y específico: un don, sí, pero también una conquista que amerita una respuesta humilde para recibir la gracia de serlo. Esto no significa ser superiores a otros cristianos, sino ser cristianos con un corazón que madura en comunión con san Agustín y su familia.

Los seglares que recibimos el llamado a la vida agustina recoleta realizamos una formación inicial, que llamamos «Tiempo de prueba». Esta puede durar un año, aunque lo mejor es que sean dos años. Después, si se da el encuentro y los síntomas carismáticos aparecen, el candidato emite sus promesas para integrarse a la *Fraternidad seglar agustina recoleta*. La formación contempla los campos humano, familiar, social, espiritual, carismático, recoleto y eclesial.

Para recibir el carisma agustino recoleto, como cualquier otro regalo de Dios, es necesario vaciarnos de lo viejo. Un asunto muy importante por considerar es la historia de los candidatos dentro de la Iglesia, ya que, si pertenecen a otros movimientos laicales, institutos, congregaciones u órdenes religiosas, resulta difícil, si no imposible, que sustituyan su carisma original por el nuestro. De ahí que la *Regla de vida* advierta que no puede ser agustino recoleto quien ha recibido otro carisma, sin que se dude por ello del preciado valor de lo que Dios le ha concedido dentro de la Iglesia.

Cabe destacar, finalmente, que las personas que forman parte de la fraternidad agustina recoleta son consideradas como un regalo de Dios para

nuestra orden y sabemos, felizmente, que su ser enriquece nuestra vida comunitaria.

Lo que intentaré aportar en este texto, organizado en tres partes, se refiere precisamente a la fuente, el contenido y el sentido de la vida comunitaria, tal como la experimentamos en la Fraternidad.

En todo lo que sigue a esta introducción, vale la pena leer entre líneas los adversarios de nuestra forma de vida. Nótese que todos hemos de estar dispuestos a renunciar a la soberbia, la vanidad, la envidia, la curiosidad, la dominación, el control, la desconfianza, los chismes, la arrogancia y la dispersión, así como a todo lo que de estas tendencias se desprende. En lugar de ello, hemos de estar abiertos a la gracia de Dios, con renuncia definitiva al deseo de tener algún mérito en cualquier conquista, ya que todo lo bueno que hacemos es inspirado y motivado por el Espíritu Santo, incluyendo nuestro ser agustinos recoletos.

## **1. La fuente es Dios Trino**

Los seculares agustinos recoletos recibimos una formación basada principalmente en el conocimiento y amor de Dios trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Nuestra relación con las tres personas divinas es una respuesta recíproca a la relación entre ellos y de ellos con nosotros. Sabemos que son una familia, una comunidad, y que la unión indivisible en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo es expresión del amor, existencia y esencia del sumo bien, que es bondad, belleza y verdad eterna.

Así que el ser de Dios nos atrae de tal manera que lo hemos buscado acudiendo a nuestra Iglesia con hambre de su amor en las tres personas. Y, ¡bendito Dios!, quienes nos han dado la palabra y el pan resulta que son agustinos recoletos. Ellos, los frailes, nos han educado en el amor y nos han hablado de san Agustín.

Su carisma, que ahora también es nuestro, lo captamos en cada gesto, palabra, encuentro, mirada, movimiento, proyecto, tarea y misión. Constatamos, entonces, que son buenos, porque bueno es nuestro Dios, y son uno porque uno es nuestro Dios. Así lo conoció y amó san Agustín, así lo han conocido y amado nuestros frailes, así lo conocemos y amamos nosotros. Por eso, aunque somos muchos, como Dios, que es uno en tres personas distintas, nosotros somos también, con él y en él, uno solo: un solo corazón y una sola alma dirigidos hacia Dios.

Esta es la fuente de nuestro carisma comunitario: nace de la contemplación de Dios trino y se expresa como reflejo de la unidad fecunda y difusiva del amor

que crea y salva, provee y consuela, complace y mueve, convoca y colma, llama y basta, habla e instruye, ilumina y transmite fe, esperanza y caridad.

En suma: ya que Dios nos ha llamado desde antiguo, se hizo hombre para estar entre nosotros y nos trajo hasta aquí su evangelio a través de los apóstoles; la Iglesia católica nos ha bautizado; y san Agustín, lleno de humildad y abundante generosidad, nos ha recibido en su familia a través de la orden agustina recoleta, podemos decir que lo que nos ha sucedido es obra de Dios gracias a muchas personas.

Por la misericordia de Dios somos agustinos recoletos: con la biblia en el corazón, como testigos; con apego al magisterio de la Iglesia, que es madre y maestra; con una profunda vida de oración que nos llena de esperanza; con la gracia de los sacramentos que nos hace fuertes en el camino; con amplitud de conciencia frente al preciado valor y sentido de las bienaventuranzas; y con la *Regla* de san Agustín como forma de vivir, bien explicada en nuestra *Regla de vida*.

## 2. Contenido

En este apartado, me referiré a lo que vivimos y qué es lo que hacemos para lograrlo.

En un libro que escribí y publiqué en el 2014, hay un capítulo que se titula: «Entre lo íntimo, lo privado y lo público». Todo ese capítulo, especialmente la parte que se refiere al ámbito privado, está inspirado en la forma de vida comunitaria de los agustinos recoletos seglares. Ahí digo, con el ánimo de convocar a la conciencia de corresponsabilidad que tenemos unos para con los otros, que cada persona está parada al centro de la tierra y que lleva consigo el don de la libertad: «La mayoría no sabe qué hacer con los dones que ha recibido, y otros, que sí lo saben, no encuentran circunstancias favorables para desarrollar esos talentos».

Nótese que quien escribe esto puede hablar de esa manera porque, en su historia agustino-recoleta, ha descubierto que *la persona es para*, es decir, que tiene un propósito, una misión y una meta. No somos un accidente, ni producto de la herencia únicamente, ni frutos o víctimas del ambiente, ni mero resultado de un esfuerzo volitivo, sino ante todo y sobre todo hechura de Dios para Dios mismo. Y hay veredas en el camino por donde peregrinar amando.

Somos creados, de una vez y para siempre, en el vientre de nuestra madre, y a partir de ese momento Dios nos vivifica de modo continuo y permanente. En nuestro caso, gracias al entorno —la familia de origen, la familia agustina recoleta, y de forma especial nuestros formadores—, recibimos todo lo necesario para que

se cumpla en nosotros el plan de Dios: nos creó para amarnos y hacernos felices. Los agustinos recoletos sabemos que somos felices cuando, al fin, conocemos a Dios en nosotros y lo amamos. Por eso, «quien te creó sin ti, no te salvará sin ti» (s. 169,13).

Esto dicho por san Agustín es tan grave, que nos sentimos corresponsables de la historia humana. Al menos de la época y del ambiente en los que nos toca participar activamente, ya que por acción u omisión pasan cosas a nuestro alrededor, tanto que, «si hay malos tiempos, es porque nosotros somos los tiempos» (cf. s. 80,8).

De ahí que, no como esclavos, sino como hijos amadísimos de Dios, ponemos atención a la riqueza recibida, para darla al mundo oportunamente. En la vivencia de nuestro carisma y en el cumplimiento de nuestra misión personal y comunitaria, somos insustituibles, corresponsables y deudores de quien nos ha llamado y nos dio la gracia de ser agustinos recoletos. Gracia que se renueva continuamente.

Al hablar de la necesidad de distinguir entre lo público, lo privado y lo íntimo, para trabajar en las tres dimensiones en favor de nuestra alegría y paz, pongo énfasis en el ámbito privado, al que corresponden la familia y los amigos. En estos ámbitos, la *Fraternidad seglar agustino recoleta* es muy importante y me inspiró para escribir el capítulo citado de aquel libro, al que me refiero en este trabajo:

*Lo público es algo que puedo compartir con todos y a los cuatro vientos. Se trata de mi responsabilidad ciudadana: política y ética. Estoy implicada en asuntos civiles, jurídicos y legales. Tengo que dar al César lo que es del César. Por eso pago mis impuestos, respeto y hago respetar los derechos humanos, participo en alguna actividad social, ayudo a reconstruir mi ciudad, y con mi actividad productiva, genero paz y desarrollo. Lo que hago públicamente es en busca del bien común y lo comparto abiertamente.*

*Ahora bien, en el ámbito privado, en congruencia con mi responsabilidad ciudadana, y para contribuir a la paz y al desarrollo, doy tiempo y espacio preferencial a mi familia y a mis amigos. De ellos me hago cargo yo y ellos se hacen cargo de mí. Somos la red social que sirve de apoyo a todos los que somos miembros; nos sentimos pertenecientes unos de los otros, y la corresponsabilidad no solo es por el bien común, sino por el bien particular de cada uno*

Cuando hablo de esto, estoy pensando en la *fraternidad seglar agustino-recoleta*, en la que somos muchos y distintos, pero una totalidad, gracias al amor que vislumbra las diferencias como don para la complementariedad entre todos y para la plenitud de cada uno en la misma unidad, comunión, Dios con nosotros.

En la *fraternidad seglar agustino-recoleta* nos amamos y acompañamos en el camino, procuramos el bien ser y el bien estar de todos, nos cuidamos y ayuda-

mos mutuamente, nos animamos a conquistar nuestros sueños, colaboramos en el desarrollo pleno de capacidades y virtudes comunes y particulares, nos respetamos conscientemente en los tiempos, espacios y procesos individuales, estamos atentos para compartir lo que somos y tenemos, cada uno y entre todos.

La fraternidad garantiza seguridad a cada caminante que forma parte de ella, porque nuestro amor es evidencia del amor de Dios. Podemos ser afines o no en lo familiar, social, cultural, pero lo somos en nuestra vocación agustino-recoleta, y eso nos alegra y atrae mutuamente. Podemos ser diferentes en edad y nivel socioeconómico y, sin embargo, somos muy empáticos unos con los otros. Nos amamos solo porque sí, porque somos hijos de Dios y, también, felizmente, porque somos hermanos de orden, lo cual siempre nos sorprende, como milagro y gracia en cada uno de nosotros, siendo que venimos de historias diferentes. Nos amamos y nuestra riqueza radica en ser diferentes, porque gracias a ello nos complementamos y apoyamos mutuamente.

Las comunidades sanas tienen como síntomas la alegría y la paz. En la fraternidad sucede. Esto es así porque, al saber que cada persona es única, distinta e irrepetible, rechazamos el criticismo, la imposición, el autoritarismo, la dominación y el sometimiento. Somos realistas, discretos, prudentes y respetuosos unos con los otros, porque conocemos de procesos humanos. Tanto que, lo que compartimos entre nosotros, lo hacemos como si fuera a Dios mismo a quien le hablamos, y sabemos que nuestra vida es bendecida por nuestros hermanos fraternos.

Asumimos que la diferencia nos hace necesitados y necesarios. «Ellos me necesitan y yo los necesito a ellos. Así que somos interdependientes; libres y corresponsables unos de los otros respecto del bien común y del bien particular de cada uno. Nos ayudamos a alcanzar nuestros nobles ideales, los particulares y los comunes», nos decimos.

Entre nosotros hay quienes son más contemplativos y quienes son más activos. Nos cuidamos mutuamente a fin de no caer en los extremos y lo hacemos con delicadeza, con más formación en ambos sentidos, con diálogos personales y acompañamiento.

A los casados los animamos a dar prioridad a su cónyuge. No es para nosotros un deseo el hacer proselitismo, ni convertir a los laicos en pseudo-monjes o monjas. Queremos personas plenamente libres, que vivan su vocación específica con el carisma agustino recoleto que han recibido.

Algunas personas, según su proceso personal, necesitan en algunos trechos del camino más tiempo para el estudio, el trabajo o la familia, y les es concedido, pero sin que esas actividades les impidan participar en momentos fuertes de nuestra vida fraterna y, sobre todo, sin que las cosas de lo cotidiano interrumpan

o limiten su vida de oración, contemplación de la Palabra de Dios y recepción de la gracia a través de los sacramentos.

Somos conscientes de que no hay modo de ser auténticamente agustino recoleto sin este alimento. Lo que hacemos en estos casos es acompañar, ya que, «si la montaña no viene a nosotros, nosotros vamos a la montaña»; y quienes tienen más libertad de movimiento van de visita frecuente a casa de los hermanos que, por alguna razón, están impedidos para venir a nuestras reuniones durante algún tiempo breve.

A los enfermos o ancianos les encomendamos conservar la unidad de corazón con todos nosotros y hacer oración especial por la fraternidad, la orden y nuestras familias. Siempre hay entre nosotros quien tiene la bondad de visitarlos y acompañarlos muy cercanamente en su proceso.

A veces puede suceder que uno de nosotros esté extraño, distante, silencioso, diferente... Esto nos advierte sobre algún evento especial en su vida y, en ese caso, tomamos en cuenta que la intimidad corresponde al fuero interno de cada persona y que este solo es sondable para Dios. Muchas veces ni siquiera nosotros mismos logramos descifrar lo que hay en lo más hondo de nuestro corazón. En cambio, Dios, que es más íntimo que nuestra propia intimidad, nos conoce perfectamente. Ante él no necesitamos ser discretos ni guardar secretos. Dios vive en nuestro interior. No hay lugar donde pueda ocultarme. Si me tapo los ojos para no verlo, no lo veré, pero él sí me ve a mí, sabe todo de mí y me bendice enteramente.

¿Qué hace la fraternidad en esos casos? Como todos sabemos que cada persona vive un proceso a lo largo del camino y que cada proceso tiene etapas, respetamos que en la intimidad cada uno corra el riesgo de la libertad, sin que deje de hablar con Dios sobre esa libertad. Confiamos que lo que sucede en la intimidad tiene un tiempo para ser compartido, si fuese necesario. Mientras tanto, nadie fuerza a nadie a comentar siquiera lo que vive.

*Lo que no vale es vivir en la intimidad algo que pretendo ocultar ante Dios. Esto no es válido porque es absurdo. Dios lo está viendo todo y lo entiende mejor que yo. Él lo entiende perfectamente y me está acompañando en el proceso. Tampoco se vale guardar en la intimidad algo que me está haciendo daño. Yo soy yo, pero no soy mía, pertenezco a una comunidad que me acompaña y puedo pedir ayuda [...] De modo que si lo que vivo en la intimidad pone en peligro la alegría y la paz, hay que vencer el reto y pasar a otra etapa en el proceso.*

*Riesgo no es peligro. Puedes correr riesgos, pero no debes peligrar ni hacer peligrar a otro. El peligro está a la vista cuando tu alma comienza a achicarse, a encogerse; y esto se nota en la ira y el desánimo, en el caos interior, en la solitariedad, en el hedonismo y el materialismo, la pérdida de esperanza, la amargura y el pesimismo. Estos síntomas pueden estar causados por un evento ajeno a tu voluntad.*

*pero jamás deben serlo por algo que vives en la intimidad. En ambos casos, hay que buscar la salud, claro, pero jamás debemos permitir que nuestra necesidad nos haga vivir, en la intimidad, algo dañino que se prolongue hasta aniquilarnos.*

*En la fraternidad aprendemos que el espacio íntimo es el espacio sagrado, donde Dios habita, así como en ese espacio, iluminados por Dios, vivimos el amor para compartir en familia y comunidad, y para que, desde esa unidad, podamos difundirlo hacia más y más personas en nuestro apostolado común y en el ambiente social, laboral, político, empresarial, cultural o artístico en el que cada uno se desenvuelve.*

La fraternidad es, pues, la unidad en la que aprendemos a amar. Escuela de amor, si se quiere decir así, ya que en ella todo encuentro humano resulta ser un encuentro con Dios y con nuestro verdadero ser delante de Dios.

Si de lo que se trata en la vida, en cualquiera de sus ámbitos y dimensiones, es de llegar al conocimiento y cumplimiento de nuestra misión, en nuestro caso, dicho camino y meta viene dado por el amor. De ahí que, cuando se nos pregunta qué cosa hacemos o a qué nos dedicamos, podemos responder, sin temor a equivocarnos, que nos reunimos para aprender a amar, y que, después de ello, hacemos lo que haga falta. Dicho de otro modo: hacemos lo que haga falta, siempre y cuando lo hagamos por amor y para amar. Llevamos a la práctica aquello de «Ama y haz lo que quieras» (*Io. ep. tr. 7,8*).

### **3. Formación y acción**

Nuestro alimento diario está fundamentado en frases contundentes, tales como: «amar y ser amado» (*conf. 2,2,2*); «un solo corazón y una sola alma dirigidos hacia Dios» (*reg. 1,2*); «tu alma no te pertenece, le pertenece a tus hermanos y hermanas» (*ep. 243,4*); «es más fácil contar nuestros cabellos que los movimientos del corazón» (*conf. 4,14,22*); «dime qué amas y te diré quién eres» (*Io. ep. tr. 9,9*); «tus pasos son tus afectos» (*en. ps. 64,2*); «tu amor es tu peso» (*conf. 13,9,10*); «donde está tu tesoro está tu corazón» (*s. 296,7*); conocer para amar y amar para conocer; «ama y haz lo que quieras» (*Io. ep. tr. 7,8*); «el corazón cristiano tiene dos pies: con uno camina hacia Dios y con el otro al prójimo» (*en. Ps. 33,II,10*).

Cada una de las frases anteriores, que rescatamos de las obras de san Agustín, catedrático del amor, nos motivan para moldear nuestro corazón. Esto lo hacemos basados en el *Itinerario formativo agustino recoleto*, desde la etapa inicial y durante toda la vida, en formación permanente.

La filosofía y espiritualidad agustinianas que nos atraen desde y hacia la recolección. Nos lanzan, sin romper la unidad, a expandir ese amor que madura

en el tiempo si, y solo si, se mantiene constante, en un ritmo de búsqueda y encuentro, interioridad y trascendencia, procesos que la misma orden nos enseña a sostener en intimidad con Dios, en un amor ordenado de entre todos hacia Dios, y desde la comunidad hacia la Iglesia y el mundo entero, sea como fuere que Dios nos llame.

El hecho es que, gracias a Dios, la unidad en su amor es el principio y el fin de nuestra vida agustino-recoleta. Expresión de Jesús en el tiempo y reflejo de la vida futura. Respuesta, quizás, al gemido de la creación por ver la manifestación de los hijos de Dios: que seamos uno como Jesús y el Padre. Que no se exijan ni ofrezcan sacrificios ni holocaustos, sino que abunde la misericordia. Que los intereses comunes estén siempre como los más importantes, por encima de los intereses particulares. Que seamos amados, unos por otros, como Dios nos ama. Que, con todo esto, se nos garantice entonces la formación oportuna y el espacio necesario y prudente para desplegar y compartir los dones recibidos por cada uno como un regalo de Dios para todos.

Tanto es esto así, que entre nosotros no hay vanidad, ni envidia, ni celos, ni rivalidad, ni competencia. Para nosotros, los dones de cada uno son concebidos como bienes en favor de todos. Sean espirituales, intelectuales, sociales, materiales o de la índole que sean, todos los bienes con los que contamos para compartir los consideramos como gracia de Dios que nos es dada por él gratuitamente. Y he aquí otra clave: la misma gratuidad, con la que Dios nos obsequia sus dones, es con la que nosotros los compartimos, sin que nos preocupe quién da más o quién da menos.

Para nosotros, los seculares agustinos recoletos, nuestra alegría es guardar la unidad en el amor. Por ello, a nadie le interesa ir por delante de los otros, ni nos gusta quedarnos hasta atrás, solitarios y tristes. Todos y cada uno nos esforzamos por ir al mismo paso, disfrutando del amor: Dios con nosotros.

Para entender mejor cómo la *Fraternidad seglar agustina recoleta* resulta ser «escuela de amor», conviene acudir a la *Regla* que nos inspira, porque, aunque esta fue dada por san Agustín para monjes, nosotros fundamentamos también nuestra forma de vivir en ella.

Nos reunimos una vez a la semana, o cada quince días, o cada mes, según el ministerio, donde sean nuestros encuentros formativos. Cada fraternidad, dependiendo del lugar, tiene diversas posibilidades. En México, por ejemplo, la fraternidad que se reúne en la Casa de Formación San Agustín, procede de diversos puntos de la ciudad de México, incluso de otros estados aledaños al Distrito Federal; así que sus reuniones son una al mes, pero de varias horas, durante la mañana. Las fraternidades que tienen como centro de reunión la misma parroquia a la que pertenecen, se reúnen una vez a la semana, y si sus miembros son perso-

nas con una labor muy activa en el mundo, estas pueden aplazarse a una vez cada quince días.

En las sesiones ordinarias hacemos oración, damos y recibimos formación, compartimos experiencias, celebramos juntos la eucaristía, festejamos nuestros santos agustinos, festejamos nuestros cumpleaños, hacemos planes para la vida de la parroquia, leemos las obras de san Agustín y del magisterio de la Iglesia, vemos películas, hacemos dinámicas de grupo, y tenemos algún apostolado común entre nosotros y con la orden.

Algunos seglares agustinos recoletos se involucran con las comisiones del ministerio vocacional, de apostolado, de espiritualidad y formación; así que se les anima a que dediquen mayor tiempo a actividades extraordinarias dentro de la orden, y no necesariamente de la vida de fraternidad o parroquial.

Otros, en cambio, están más centrados en la fraternidad concreta, donde dan y reciben formación, o bien en las actividades de la parroquia y son ministros de la Eucaristía, catequistas, asistentes de los frailes, lectores de la Palabra, evangelizadores, alfabetizadores, entre otras tantas actividades que nacen y giran en torno a la vida parroquial.

#### **4. En seguimiento a Cristo con la *Regla* de san Agustín**

Desde la introducción nos maravilla conocer el sentimiento de san Agustín: deseo, propuesta, invitación y práctica. En suma, se trata de una forma de vida. Quizá para los laicos, la *Regla* es justo lo que estábamos buscando, un espacio donde vivir lo que Dios manda: el amor, sin que nada, ni nadie, nos impida ser libres, genuinos, auténticos, piadosos, sencillos, alegres, fraternos, afables y, con todo ello, felices.

Al entender la *Regla*, y vivir conforme a ella, nos atrevemos a decir que lo nuestro es una «escuela de amor». Para ello, mucho nos ha ayudado saber que todos somos hermanos, aunque al inicio no todos seamos amigos. Al fin y al cabo, ser hermanos es definitivo, mientras que ser amigos puede ser una eventualidad o un don extraordinario. En este último caso, si la amistad es recibida y vivida como un don extraordinario, la celebramos tanto como un milagro, un sacramento y una gracia que se protege y fomenta, a fin de que sea fecunda en favor de los que la comparten, y a favor también de la fraternidad a la que pertenecen.

Entendido así, el hecho de que entre nosotros haya amigos especiales para bien de todos nos libra de hacer grupitos cerrados. Más bien al contrario: nuestra

amistad se pone al servicio de la fraternidad, como una manifestación que aumenta la alegría de todos, que nos fortalece en la fe, nutre nuestra esperanza, aumenta el hambre que tenemos de amar y ser amados, y nos motiva para acrecentar la disposición abierta al don más preciado que Dios nos otorga: el amor.

Echemos un vistazo a cada capítulo de la *Regla*.

### *Capítulo primero*

Lo que leemos al inicio de la *Regla* resulta ser la prueba de fuego que hace que los aspirantes a la vida agustino-recoleta confronten sus expectativas y deseos con el espíritu agustiniano: «Lo primero por lo que os habéis congregado en la comunidad es para que habitéis unánimes en la casa, y tengáis una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios» (1,2). Esto es muy fuerte, importantísimo, ya que es el principio y el fin de la vida recoleta. Quien no quiere, no podrá. Y quien quiera ser agustino recoleta, lo será porque Dios se lo ha pedido y le ha dado la gracia de serlo.

Hay que notar que dentro y fuera de la orden hemos de sentir a cada persona como templo de Dios, ya que cada persona es honrada por Dios, la habita con su amor en su cielo interior, donde instala su reino, sin que le importe cómo viste, cuánto gana, en qué trabaja, con quiénes se relaciona social, empresarial y políticamente, etc.

Los agustinos recoletos no tenemos justificación alguna para discriminar a unos de entre los otros, para desear ser otros distintos de quienes somos, ni excusa para despreciar o envidiar a unos y a otros. Está claro que Dios nos quiere a todos y a cada uno, en el estado y rol en el que hemos sido llamados a conocerlo y amarlo. Correspondemos a su amor en el amor que nos profesamos mutuamente: unos a otros, *como yo los he amado*, dice Jesús (cf. Jn 15,12).

Una vez escuché con tristeza a una persona explicar de un modo muy distante el significado de este punto, en el que san Agustín propone la unidad, sin que las diferentes necesidades y fortalezas de unos y otros nos lo impidan. Aquella persona dijo que «los que no eran nada en el siglo –se refería al mundo–, no tienen por qué sentirse importantes, solo porque al fin son algo aquí dentro». Quien habla de esa manera está muy lejos del espíritu agustiniano, y mucho más lejos del espíritu agustino recoleta. Hay que corregirlo y explicarle bien, para que deje de transmitir equívocamente nuestra forma de sentir la vida. Toda persona es el Cielo de Dios y jamás debe decirse que «era nada» antes de asumir la *Regla* o antes de pertenecer a una orden religiosa, porque ese sería un pésimo comienzo y

un final desdichado, ya que se podría asumir que ser miembro de la fraternidad, por ejemplo, es ser superior a todos los otros seres humanos, más de los nuestros, entre los que estamos también contados, como humanidad.

En esta otra parte de la *Regla*, san Agustín insiste:

*Y si a los que vinieron de una vida más regalada al monasterio se les dan alimentos, vestidos, jergones o mantas, que no se dan a los más sanos y, por tanto, más felices, deben pensar estos cuánto han dejado aquellos en el cambio de la vida secular a la actual, aunque no hayan podido llegar a la sobriedad de los que son corporalmente más fuertes. Ni deben ambicionar todos lo que ven que reciben de más unos pocos, no por honra sino por tolerancia; no vaya a ocurrir la detestable perversidad de que en el monasterio, mientras los ricos se van haciendo mortificados en cuanto pueden, los pobres se vuelvan delicados (reg. 3,4).*

Nuestro padre nos habla de necesidades y fortalezas: el que tenía poco, fuera del monasterio, es más fuerte para soportar la carestía, así que no se haga débil dentro del convento –al tener más de lo que tenía afuera– ni tampoco envidie a los que, acostumbrados a la abundancia, no saben sacrificar ni soportar lo poco o la nada en tiempos de carestía. San Agustín alaba la fortaleza de los pobres y lamenta la debilidad de los ricos, a quienes aconseja hacerse fuertes.

En nuestra fraternidad hay ricos y pobres, jóvenes y mayores, sanos y enfermos, doctos y con apenas niveles básicos de formación académica, pero todos estamos llamados a la austeridad, porque estamos llamados a compartir. Así que, quien tiene más sabe que tiene más para dar. En un mundo en el que abunda la pobreza, nada justifica acumular ni derrochar.

### *Capítulo segundo*

Todo este capítulo es una gran advertencia, con la que san Agustín nos invita a la oración genuina, a la piedad auténtica y constante, al encuentro sincero con Dios. Por eso, entre los seglares agustinos recoletos, sabemos lo importante que es que nadie interrumpa el encuentro con Dios, ni se distraiga con las melodías y voces musicales. Nosotros sabemos lo que es la dispersión y es, precisamente en la oración, donde buscamos, de manera especial, el recogimiento–interioridad para trascender y llegar con Dios al corazón del prójimo.

Sabemos que la oración es diálogo, confesión, súplica, alabanza, contemplación, escucha y revelación. Todo esto amerita un conocimiento previo de la Palabra de Dios, de Dios mismo en la experiencia vivencial y humana de todos los días, de momentos especiales y fuertes, tanto de nosotros como de otras personas con Dios, de la actuación del Espíritu Santo en nosotros. De este modo, como

también sabemos que «ora bien quien vive bien y vive bien quien ora bien», nos tomamos muy en serio este punto de la *Regla*.

Pero si acaso alguno de nosotros quiere lucir su elocuencia en la oración comunitaria, explorar su capacidad retórica al dirigirse a Dios en voz alta, o regocijarse y sorprender a otros con sus cantos; de ningún modo podemos decir que esa persona está viviendo una experiencia de amor, siendo que a lo que venimos y vamos por la vida agustina recoleta es al amor, de manera que hay que recordárselo y enseñarle cómo el padrenuestro es nuestra oración.

Ser agustino recoleto es haber leído la *Carta a Proba*, comprenderla y vivir los consejos de san Agustín. Orar con hambre de Dios, orar continuamente, conservar y alimentar el deseo que sentimos de vivir con Dios y para Dios, ser conscientes de la gracia y agradecer todo el tiempo a Dios, con alabanzas y contemplación.

### *Capítulo tercero*

Cito por completo esta parte:

*Y así como los enfermos han de comer menos para no empeorar, así también, superada la enfermedad, se les ha de tratar de modo que se repongan cuanto antes, aunque hayan venido de la más humilde pobreza en el siglo; porque la reciente enfermedad los coloca en la misma situación que a los ricos su anterior régimen de vida. Pero cuando recobren las fuerzas que antes tuvieron, vuelvan a su anterior modo de vivir, que es tanto más conforme a los siervos de Dios cuanto menos precisan. Y, una vez restablecidos, no los retenga el placer en el mismo estado en el que la necesidad les había aliviado cuando estaban enfermos. Estímense más afortunados los que se encuentren más fuertes para vivir la sobriedad: porque es mejor necesitar poco que tener mucho (reg. 3,5).*

En la vida humana hay un sinfín de manifestaciones que expresan las necesidades específicas de cada uno. Ya sea por origen familiar, cultura, genética, estructura del cuerpo, sexo, edad, capacidad económica, grado académico, desarrollo intelectual, etc. Ciertamente que todos tenemos diferentes fortalezas y necesidades.

Este punto a tomar en cuenta es semejante a lo dicho en el primer capítulo. San Agustín insiste en que somos diferentes; por eso: necesitados y necesarios; complementarios incluso. Los sanos cuidan a los enfermos, los sabios exhortan y ayudan a los débiles, pero en todo ello, nadie ha de abusar de su miseria frente a la misericordia de otros, porque se trata de que todos aprendamos a amar, y eso no se logra si no hay subsidiariedad. Cuando esta falta, lo que sucede es que ni el que sustituye a otro en lo que le corresponde hacer por sí mismo, ni el que se acomoda en una posición pasiva frente a los retos de la vida, maduran en el amor.

De ahí que los seglares agustinos recoletos vivamos conscientemente nuestras fortalezas y debilidades. Nos queda claro que no podemos chantajear ni exigir de más a los que con buena voluntad ponen a nuestra disposición sus bienes y capacidades. Todos y cada uno de nosotros nos esforzamos por ser felices, a la par unos con otros, ni muy adelante ni hasta atrás, ni con excesos ni carestías.

Y ya que venimos de distintos ámbitos humanos, y soportando diversos ambientes y circunstancias, somos conscientes de que tener a uno de nosotros como el primero, siempre, o el más sabiondo, o el más fuerte en toda situación, le pone en riesgo de envanecerse y quedar solitario. Pero también advertimos que, si consentimos la debilidad de algunos –que tienen poca fuerza de voluntad o baja autoestima, miedo, pereza, egolatría o pusilanimidad–, estamos cometiendo una debilidad mayor, al impedir su desarrollo, plenitud de vida y cumplimiento de su misión, conforme a lo que Dios le da y le pide en favor de todos.

En síntesis: todos tenemos necesidades, todos tenemos penas y sufrimientos, pero todos aspiramos a la felicidad, independientemente de la realidad que nos toca vivir. Ninguno de nosotros se quiere quedar varado en el camino, porque sabe que corre el riesgo de morir en vida, sin dar a los otros los dones que Dios le ha dado. Y lo peor es que, en ese caso, el proyecto de Dios quedaría frustrado, situación grave que no estamos dispuestos a permitir.

#### *Capítulo cuarto*

Aquí san Agustín nos habla del valor de la pureza y tomamos este punto de la *Regla* como una lección que nos fortalece en el respeto y gozo de nuestra propia vocación. Entre nosotros hay casados, viudos, solteros, pero también personas que, por diversas circunstancias, son separados y hasta divorciados. Cabe mencionar que, para integrarse a la fraternidad, es preciso que puedan vivir los sacramentos; pero, si alguno se ha visto obligado a tomar decisiones definitivas de separación de su cónyuge, lo acompañamos en el proceso, para que presente su caso en la Mitra y solicite juicio de nulidad, ya que los «matrimonios nulos» son inexistentes desde el principio. Se entiende como matrimonio **ilícito** nulo todo el que se haya contraído, sin libertad interior, bajo presión, coacción, mentiras y ocultamientos, entre otras causas.

Dado que todo nuestro *Itinerario formativo agustino recoleto* nos encamina a mayor conocimiento de nosotros mismos, delante de Dios y en nuestra relación con el prójimo, todos ganamos mayor libertad y plenitud, con la gracia de Dios.

El capítulo cuarto nos interpela y convoca a la congruencia, la fidelidad y la paz. De ahí que nuestros encuentros semanales, quincenales, mensuales y

anuales, nos ayuden en esa búsqueda toda vez que hacemos oración, damos y recibimos formación, fomentamos y vivimos experiencias de encuentro real con Dios, a nivel personal y comunitario. Compartimos, discernimos y celebramos comunitariamente.

La amplitud de conciencia que logramos con el acompañamiento de nuestro asistente espiritual, nuestro formador y presidente, nos ayuda a ganar humildad, valentía, libertad para recibir la gracia de Dios y, con ella, cumplir su voluntad.

En la Fraternidad consideramos que todo es gracia de Dios y que nosotros no tenemos ningún mérito en las virtudes alcanzadas. Desde los primeros pasos de nuestra vida agustino-recoleta, combatimos la vanidad, la coquetería y la seducción; es decir, el egoísmo y la falta de caridad, porque descubrimos que Dios llena todos los huecos de nuestra vida, de modo que, al ordenarlo todo hacia el amor de Dios, las virtudes llegan solas. «Señor, pídemelo lo que quieras, y dame lo que me pides», en este caso, la castidad y la templanza (cf. *conf.* 10,29,40).

La corrección fraterna es el modo que tenemos para cuidarnos unos a otros y aprender a amar con el amor de Dios. Primero, los que son especialmente amigos, se corrigen en privado. Si alguno no hace caso, le pide consejo a otro y, con caridad auténtica, se intenta hablar nuevamente con él o ella. Y, si no hace caso, con la misma caridad se pide ayuda al asistente espiritual para que oriente al hermano o hermana. El asistente espiritual introduce elementos oportunos durante la formación y habla con él o ella en privado.

Lo que se desea es la plenitud de cada persona, y sabemos que esta solo se alcanza en el abrazo de la verdad. Si la verdad, que es tan importante para nosotros, no es abrazada, se hace necesaria la expulsión. Jamás la persona es juzgada. Respetamos procesos y acompañamos con nuestra oración y amistad benevolente, solidaria y respetuosa, para que cada uno viva felizmente su verdadera vocación.

Sobre la fidelidad, ponemos énfasis en no acaparar para nosotros a los miembros de la fraternidad, ni pedirles más de lo que puedan dar. Lo que hacemos es alimentarnos mutuamente con el amor de Dios para que cada uno se dirija hacia una feliz convivencia con su familia y las personas de su entorno social, donde sabemos que llevará el espíritu recoleta en todas sus relaciones y acciones.

### *Capítulo quinto*

Las cartas de san Pablo y toda la hermenéutica agustiniana nos educan en el amor. Así que son alimentos constantes durante nuestro proceso formativo. San Agustín solo quería amar y ser amado. Nosotros solo queremos eso, también.

Al principio, su amor era dependiente y posesivo; después, descubrió el amor benevolente; y, al fin, el amor cristiano, donde todos somos uno y no hay distancia ni tiempo que nos separe. En la eucaristía, san Agustín encuentra la manifestación más clara de la unidad en el amor, ya que, al adherirnos a Jesús y quedar asimilados en él, no podemos sino ser granos del mismo trigo amasado y hecho pan. Otra figura agustiniana es el racimo de uvas, con el que se representa a la comunidad, siendo todos un sarmiento de la vid. Estas enseñanzas, tomadas de las *Confesiones* y de la Palabra de Dios comentada por nuestro padre, nos aseguran en el camino.

El Espíritu Santo hace de muchos un solo corazón, y, entonces, somos testigos de que esto crece en nuestra fraternidad: compartimos; estamos pendientes unos de otros; nos escuchamos mutuamente; nos apreciamos y recibimos amorosamente y con sencillez de corazón; nos alegramos de los dones que Dios nos ha dado y no encontramos ni deseos de competir ni de rivalizar, ni de presumir, ni de envanecernos, porque sabemos que todo es gracia de Dios.

Al haber sido testigos de la obra de Dios en nosotros, llevamos a nuestras familias y grupos de amigos la misma vida fraterna. Nuestra alegría tiene su fuente en el amor, de modo que los bienes materiales quedan situados en su justa dimensión, y esto se nota en que nos hacemos desprendidos, austeros y más libres.

La libertad es fruto de la caridad. Antes de las promesas como seglares agustinos recoletos, se nota el tránsito de una aparente seguridad, basada en los bienes materiales y el estatus social, a una alegría y paz fundamentadas en el amor seguro y asegurado que Dios nos ofrece. Para lograr esto, desde el principio se suprimen las etiquetas que nos separan según la profesión, el estatus social, el apellido, el abolengo, la fama... y nos reconocemos sencillamente como hijos de Dios con un llamado y una misión.

## Capítulo sexto

*No tengáis altercado ninguno, o cortadlos de inmediato, no sea que la ira se transforme en odio y de una paja haga una viga, y el alma se convierta en homicida. Pues así está escrito: «El que odia a su hermano es un homicida» (reg. 6,1).*

Así comienza este capítulo. Lo cumplimos al habernos dado cuenta especialmente de dos aspectos en nuestra vida recoleta: a) somos conscientes de que estamos en proceso formativo para la madurez en el amor, personal y comunitariamente; b) Dios nos ha perdonado y perdona siempre. Estos elementos nos hacen ser benevolentes, pacientes, generosos y misericordiosos unos con otros.

Ya dije en algún momento que todos somos hermanos, aunque no todos somos amigos. Entendiendo «amigos» tal cual, como más afines, quizá vecinos, quizá compañeros en la misma causa social por la que trabajan, etc. En todo caso, falta aclarar que tampoco somos enemigos. Y aprovecho este punto de la *Regla* para profundizar en el hecho de que, cuando hablamos de la amistad particular entre dos o más miembros de la fraternidad, admitimos el don que han recibido, para ellos, en primer lugar, y para todos nosotros, porque los frutos de su amistad preferencial, siempre nos ayudan a ser mejores hijos de Dios. Si eso no fuera así, no podríamos siquiera llamar a su relación una auténtica amistad, fundamentada en Dios, y abundante en favor de la fraternidad.

El don específico que han recibido, sin duda que ha exigido practicar las virtudes del amor: servicial, comprensivo, paciente, que se alegra con la justicia y la verdad, que no es jactancioso ni engreído, que perdona sin límites, espera sin límites, no busca su propio interés, no es vanidoso ni tiene envidia, todo lo soporta y no acaba nunca. Así que ellos y ellas, expertos en estos dones, ayudan grandemente a la fraternidad en esto de ser hermanos y también amigos en un sentido carismático y cristiano. Son ellos precisamente los que calman las tormentas que de pronto pueden surgir en las reuniones, son los que iluminan y pacifican momentos difíciles, los que dan muestra de comprensión mutua... Así que sería torpe de nuestra parte intentar suprimir las amistades particulares que se dan entre algunos de nosotros, ya que son un magnífico regalo de Dios para todos nosotros.

### *Capítulo séptimo*

En la fraternidad, a veces nos toca obedecer, pero también nos toca coordinar, dirigir, ir por delante, organizar. A veces somos miembros del Consejo de la fraternidad, o formadores, o el secretario, la secretaria, el tesorero, la tesorera. Todo lo asumimos como un servicio que se nos pide para el bien de todos.

Y ya que a todos nos gusta caminar en la unidad del amor, asumimos que en la fraternidad no haya gobernados ni gobernantes, sino personas conscientes que han decidido ser libres en el amor. Por eso, lo nuestro es una escuela para alcanzar la humildad necesaria para dar y recibir, según las fortalezas y necesidades de cada uno. Dicho lo anterior, queda claro que, en la fraternidad, el servicio que nos toca ofrecer es una oportunidad para amar y ser agradecidos con Dios y con los hermanos. De ningún modo es bien visto que quien asume una responsabilidad dentro de la fraternidad deje de ir a las reuniones cuando cumplió el ciclo en ese cargo. Todo lo contrario, su mayor testimonio será verlo dócil a las propuestas de los nuevos dirigentes.

Cabe destacar que el servicio en el gobierno de la fraternidad es renovado hasta dos veces, y que cada período tiene duración de tres años. Los seleccionados lo son por mayoría de votos en asamblea y capacitados para cumplir su misión, según la *Regla de vida* con que contamos.

Jesús dijo que ya no nos llama siervos, sino amigos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor y que él nos ha dado todo a conocer (cf. Jn 15,15). Nos dijo también, al referirse a los milagros que hizo, que nosotros podríamos hacer también grandes obras, si tuviéramos un grano de mostaza de fe (cf. Lc 17,6). Al referirse a los trabajadores de la viña, nos habla del reino de Dios, donde, independientemente del tiempo de trabajo, se da a todos el mismo jornal (cf. Mt 20,1-16).

Con su Palabra, entre hechos reales y parábolas, Jesús nos explica que el único poder real y verdadero es el amor. Así que, tanto el Consejo de la fraternidad, como el asistente espiritual y el formador, lo que hacen es vivir el amor. La paga es, pues, siempre y únicamente el amor. Una paga, por cierto, gratuita y anticipada. Ellos han sido acogidos en la fraternidad, han sido recibidos y bienvenidos como un regalo de Dios, han sido formados, y lo que hacen es compartir lo que les ha sido dado gratuitamente.

## **5. El sentido de nuestra vida agustino-recoleta según el capítulo ocho de la Regla**

El amor es práctico y procura no solo no hacer daño, sino hacer todo el bien posible en favor de la felicidad del prójimo. Una de las tareas que tenemos en la fraternidad es procurar la felicidad de todos, ya que esta es la herencia de Dios para todos los seres humanos.

Así que, mientras el mundo insiste en decir que la felicidad depende de la actitud que uno tiene ante la vida, nosotros, con realismo, asumimos que la felicidad nace del encuentro con Dios en la comunión de hermanos: «Donde dos o más estén reunidos en mi nombre ahí estaré», dijo Jesús (Mt 18,20). Por eso, y gracias al carisma recibido, a nosotros nos duele el desamor que hay en el mundo; y, por eso, por amor al amor mismo, ponemos los intereses comunes por encima de los particulares y, con el tiempo, procuramos que nuestros intereses particulares coincidan con el interés común: la vida bienaventurada.

El seglar agustino recoleto quiere ser feliz, y sabe que será feliz si todos somos felices. No queremos salvarnos solos: ni queremos ni podemos. Eso no va con nosotros. Por eso, buscamos el modo de contribuir a la dicha de nuestros hermanos.

De acuerdo con nuestro carisma: conocer para amar y amar para conocer, mediante un proceso de búsqueda y encuentro con Dios en la intimidad del corazón, la comunidad y el apostolado, constatamos que Dios nos llamó a la vida y al amor cristiano. Con esta finalidad nos hizo bautizar y nos dio el carisma fl-recoleta. En la misión agustino-recoleta y la misión específica que cada uno tiene en el mundo, los efectos de nuestro carisma se expresan de un modo especial en todos los ambientes: gratuidad, humildad, gratitud, alegría, generosidad, afabilidad, orden y paz. Estos, entre otros, son nuestro regalo para compartir, donde sea que estemos.

Ante el duelo mundial frente a la pérdida de sentido de la vida, a causa del egoísmo, el materialismo y el individualismo, nuestra aportación es el gozo de amar y ser amados. Y eso que aprendemos en la fraternidad, lo enseñamos felizmente a otros con quienes caminamos en el mundo.

Cabe destacar que nuestro amor a Dios es desinteresado: ni por miedo al infierno ni por deseo de cielo. Nuestra vida feliz y eterna está en amarlo, aquí y ahora, a cada paso en el camino. Así que esto que vivimos, lo deseamos para todos y, por eso, con nuestra amistad desinteresada, les enseñamos a caminar en ello. Algunos son altamente receptivos y sienten el llamado a ser uno más entre nosotros para ser uno con nosotros: un solo corazón y una sola alma, dirigidos hacia Dios.

## Conclusión

Dios nos ha llamado a ser felices y nuestra orden nos acompaña en el proceso de recibir y compartir el don, dentro y fuera de la fraternidad; es decir, con todos. Dejo como conclusión el texto final de la *Regla*:

El Señor os conceda cumplir todo esto por amor, como realmente enamorados de la belleza espiritual, y exhalando el buen perfume de Cristo con vuestra ejemplar convivencia; no como esclavos sometidos a la ley, sino con la libertad de los constituidos en gracia.

Y para que podáis miraros en este librito como en un espejo, y no descuidéis nada por olvido, se os lea una vez por semana. Y cuando comprobéis que cumplís todo lo que queda escrito, dad gracias al Señor, dispensador de todos los bienes. Pero cuando alguien advierta que falta en algo, arrepíentase de lo pasado, ande con cautela en lo futuro, orando para que se le perdonen las deudas y no caiga en la tentación (reg. 8,1-2).

*Resumen*

Es un hecho que muchos de los usos y costumbres de la cultura contemporánea están haciendo mella en la comprensión de la vida comunitaria por parte de los religiosos. Por ello, la autora de este artículo, agustina recoleta seglar, aporta su punto de vista desde su experiencia como mujer, madre de familia e inserta en el vaivén de la cultura y de la sociedad. Además de las reflexiones que fundamentan su vivencia, trae a colación la vitalidad con la que las fraternidades seglares agustinas recoletas mexicanas traducen a su vida de seglares la regla agustiniana.

*Abstract*

It is a fact that many of the uses and practices of the contemporary culture are negatively affecting the religious' understanding of community life. The author of this article, an Augustinian Recollect laywoman, contributes her point of view according to her experience as a woman and mother, living within the swaying movement of culture and society. Added to the reflections that lay the foundation of her experience, she brings up the vitality with which the Mexican Augustinian Recollect lay fraternities live out the Augustinian Rule in their lives.